

LA SÉPTIMA CORRUPCIÓN

La corrupción, por desgracia, está de moda. La prensa, la radio, la televisión, a todas horas, machaconamente, repiten los estragos y la vergüenza de la corrupción política. Se pide insistentemente que se ponga límite a esta corrupción, que se castigue duramente a los responsables y que devuelvan el dinero.

¿Es razonable la campaña? ¿Justa? ¿Eficaz? Son preguntas que necesitan respuesta.

1 – Es razonable pedir una sociedad limpia de corrupción política

Sí. Apoyo esta campaña. ¿Quién no va a estar de acuerdo? ¡Ojalá se consiga una política limpia de robos y así nos evitemos el mal ejemplo que todo esto supone!

2 – Es justa hasta cierto punto.

Aporto dos razones. En primer lugar, no debemos olvidar que la corrupción que está de moda, la que nos escandaliza y la que queremos evitar es solamente la séptima corrupción. No veo que exista el mismo clamor popular contra las otras nueve corrupciones posibles. Porque son diez los manantiales de la corrupción cuando no se cumple la decena de mandamientos de la ley natural y divina.

¿Nada tiene que clamar el pueblo ante la primera corrupción que supone venerar los falsos ídolos? ¿Hay que silenciar la cuarta corrupción que no solamente no honra al padre y a la madre sino que los han hecho desaparecer por ley? ¿Hay que mirar para otra parte ante la quinta corrupción que no solamente no condena la muerte de los inocentes sino que la ha convertido en un derecho? Podríamos seguir...

En segundo lugar, tanto profeta de calamidades en los medios está haciendo creer a los ciudadanos que la belleza, la bondad y verdad han desaparecido de nuestra sociedad. Pero no es verdad, no es todo tan desastroso como nos lo pintan. La vida merece la pena. Confiar en las personas sigue siendo posible. La lucha contra el mal continúa...

Por tanto, el clamor sobre la séptima corrupción es justa, sí, pero si no se amplía la mirada y el clamor, diré que solamente es justa hasta cierto punto.

3 – Es poco eficaz

Es poco eficaz, por no decir nada, porque la campaña, por lo que comprobamos, tiene como objetivo acabar con las consecuencias, pero no está nada claro que pretenda eliminar las causas. Dicho de otra manera: se pretende que los hombres, los políticos, no roben y sean honrados. Está bien. ¿Pero esto se conseguirá solamente levantando la voz, endureciendo las leyes y poniendo más policía? Yo creo que no.

El problema radica no en los comportamientos sino en el corazón de los hombres. No podemos ser superficiales. La raíz del mal es interior, moral, espiritual. O lo afrontamos desde dentro o nuestros esfuerzos se escurrirán como el agua entre las manos.

Dos soluciones, eficaces siempre a largo plazo, hay que poner en marcha con urgencia: una buena educación y una coherente práctica religiosa.

Una educación ideologizada, técnica y sin disciplina no crea más que hombres débiles, incapaces de mantenerse firmes ante la dificultad y la prueba. El resultado es un hombre que puede saber mucho pero que no es nadie. Le arrastrará cualquier viento de doctrina.

Por otra parte, la vivencia religiosa nos ayudará a reconocernos como hermanos. Sin Padre no hay fraternidad posible. ¿Dónde asentaremos entonces el respeto a los demás? Olvidar a Dios es una desgracia. Recordemos lo que dijo aquel gigante del pensamiento llamado Chesterton: “*Si dejamos de creer en Dios, acabaremos creyendo en cualquier cosa*”. Esto nos puede pasar: viviendo como si Dios no existiese, acabaremos cometiendo cualquier locura, cualquier corrupción, y no solamente la séptima.

Volver a creer en Dios y en el hombre es el único camino para la justicia y la paz.